

No son sombras los que se han ido,
sino los que permanecen. Sombras
de aquello que fueron una vez y que se perdió para siempre.
Como el fulgor de la luz en las terrazas que dan al horizonte
se va con la noche y azulejos, barandas, el rastro de una mano,
las palabras pronunciadas en las horas muertas de la tarde, desaparecen
en la pura corriente del tiempo, más allá de la vista de los hombres.
Tan callado es el tránsito de todas las cosas que los rodean
que el silencio es la única palabra que las nombra
cuando su ausencia se acumula en las manos
y su peso tan leve que apenas se nota su carga.

Pero su huella, sin embargo permanece.

Queda en la maleza que rodea al caminante, en la prudencia
de las aves que guardan el cénit, más allá de las hileras de robles
cuyas ramas exhalan el aroma húmedo de la resina.
Está como el estallido en la piel de las espinas de los tojos frescos
cuyo ciclo se extiende desde el invierno a la primavera. Con la lluvia,
que viene con los muertos y que los alimenta, como alimenta
el ciclo del gavián inmóvil que no conoce descanso.

Y cuando el verano impone justicia, equilibra la balanza
de lo que ha regresado a la tierra y de lo que de ella regresa,
todavía permanece en el excremento de los perros salvajes,
tan parecido al excremento del amor, pues marca un territorio,
en el sendero abierto por el jabalí y su camada a través de las silvas.
Está en el olor de todas las desapariciones, en la caída seca de los frutos
demasiado maduros, cuyo sonido sorprende como los disparos
de un cazador errabundo que guardara los límites del monte.

Y por eso se mendigan palabras a los troncos cercenados
como arterias, al musgo que crece como pústulas en las piedras
de los puentes, a la espada de luz flamígera que hiere la pupila
cuando atraviesa el tapiz de castaños. Palabras en la putrefacción
de los animales blancos, tan puros en su definitiva huida
como el agua que limpia las uñas de los agonizantes.

Es el tiempo de la recogida; en las puertas de los ciclos
los vencejos detienen el viento y la tarde cae como una lápida anónima.
La hermandad de ajusticiados, los náufragos del sol inclemente
aferran las oquedades, los portalones abiertos. Ávidamente
consumen la esencia de la arcilla como una droga que aligerara
los sentidos. Una frescura intacta se despierta en sus cuerpos;
la certeza de haber vivido, la hiriente certeza de haber sido,
avanzan incontenibles contra los muros de cal, en los labios,
en las manos frenéticas que interpretan el aire, pues su lenguaje
ahora contiene agujas de luz, ramos de imágenes,
mareas de olores. Y todo debe ser traducido a una lengua
que reclame el pasado como posesión, a una lengua cuyo reino
no sea el de la levedad de los hogares, el de las sábanas desplegadas,
el de los gestos congelados, sino que imponga su dominio del espacio,
pues es el espacio lo que contiene el deslumbramiento del instante y la fuente,
la edad, la edad, que supura sus venenosos líquidos, y el silencio sagrado

de la cópula, todo lo que sucedió y no se repetirá. Ventanas a los campos arrasados por ejércitos mezuquinos, a los helechos donde la araña es devorada por sus crías. Ventanas, por fin, a sus cuerpos que han trabajado tanto tiempo en la duda de las estaciones.

Tengo miedo en los páramos. Acarreo monedas de barro que el milano reclama con el látigo de sus alas. En los pasos del río, ¿cuál es el precio de la verdad? La avaricia ha entrado en mi corazón y no tengo otra respuesta que el olvido de los caminos y los líquenes.

Hay nombres que se acumulan en mis huesos. Tienen el peso del cemento y usurpan el vientre de las hayas. Furtivos, vienen con el hálito del río. Son transparentes como los ojos de las ovejas preñadas y tan precisos como la llamada del pastor en los collados. Si yo los dijera, si mi lengua escanciase los aceites del sueño, fértiles, extenderían sus lienzos en los cuartos donde crecen las flores amarillas del recuerdo. ¡Ah, esas flores cuyo néctar es ácido en mis oídos!

He llegado hasta el límite de las sebes. Hasta cansar mi corazón, he subido tras el rastro de los arrieros, mas ellos mismos son ya invisibles, desvanecidos en la espesura continúan su travesía en cañadas opacas a los años. Dicen su nombre ante el abismo y sé que están muy lejos pues sus sílabas apenas arden en la lentitud del día. Es el largo viaje del ayuno en los roquedales, de la fatiga en los cerros hambrientos de señales, del descenso último de las corrientes en los surcos de mis manos, y no conozco regreso de este mediodía que ocupa el pecho, en el camino del norte soy uno y muchos, pero avanzo solo, uno que nace en cada requiebro del río, llevado como un ciego en la mañana, ojos de fósforo, el olor de la grasa de los animales sacrificados en el amanecer, bajo las madrugadas de abril que han quemado mi mirada y también mi esperanza. Con la fugaz aparición de pájaros muy rápidos y dulces, he llenado el vacío de los inviernos, como si hubiera sabido que hay codicia en el centro de los días, estériles. Son oscuros los símbolos en las cortezas de los árboles, los adverbios de los extraviados depositándose en los matorrales, ¿a qué mesetas invulneradas dirigen? ¿a qué herencia renuncian? Hay una osamenta más preciada que la redimida en óxidos por la túnica blanca, aquella que se diluye en el agua y suena en las ramas, la que siembra en las lágrimas y es terca en la convocatoria del amanecer. Ahora sois blancos y camináis bajo una luz de ácidos, hemos atesorado lo que hemos podido, ropas en los armarios silenciosos, un cielo de lodo, un animal que no nos reconoce, avisos negros, cuadernos que envejecieron con nuestra infancia, barajas mancas, cazos que la herrumbre conquista en apenas meses, en los pasillos, el eco de las carreras de los niños que ya no seremos, la humedad que llega como un heraldo mudo ha impuesto su tutelaje sombrío en los cuartos, y al abrir los cajones, el sonido del tiempo

nos enfrenta lentamente, como si saldara una cuenta
de ira o engaño. Entonces nos envuelve la madera derrotada
en esa larga lucha contra las lluvias de enero,
y desde las fotos que manejamos con dedos torpes y asustados,
nos asalta la descomposición en las manchas
que han cubierto las miradas detenidas, en los colores
consumidos que han borrado el perfil de una niña
que deberíamos haber sido capaces de reconocer
-algunas rosas han sido devueltas a la nada-
Sentimos la luz que se escapa como hormigas
que buscaran la profundidad del corazón al contemplar
cómo el plomo ha envenenado al niño y al perro que le llama.
Cónvocos para recibir el sigiloso barro que nos conmueve
abrimos suavemente las manos -las tenemos abiertas-
pero es tarde; enero se ha presentado al borde del camino.
Las cancelas se cierran, los campesinos han guardado las azadas,
y el fuego se aviva en el hogar de madres invulnerables.
Es esta soberanía del vacío lo que nos esperaba,
inmutable y certera, el paso de animales transparentes
en los cuerpos tendidos en la mañana.
En la guerra -nos decías- algunos hombres
devoraban la cal de las paredes y escribían cartas de amor
con lápices humedecidos en la punta de la lengua.
Todo parecía sin existencia ni final. Bajo la luna
aprendimos el valor de cada minuto, Entonces
le pedí que se casara conmigo. Y luego la ofensiva,
y más tarde la vergüenza, y aún más tarde, el silencio.
Ese mañana que no existe y que ha robado vuestro cuerpos,
ávido, escindido en insectos voraces,
se ha instalado como un cáncer en las hojas de los robles,
sobrevivirá a los inviernos y exacto, penetrará
en el hacha para desplegarse con toda su lenitud
en el momento sacrificial del golpe.
Hubo horas tan hermosas que abrían el corazón,
los frutos más sabrosos persistían en la enemistad de los días,
enloquecimos como instrumentos de amor,
ignorábamos el equinoccio de las lágrimas,
y por fin, resistimos hasta más allá de la nieve en las mesetas.
Hasta más allá de la destrucción de los olores
y de los que les acompañaron, hasta más allá
de sacerdotes precarios que cometieron negación una y otra vez.
Vino después el tiempo de la delación de lo que conocimos,
los labios se cerraron como heridas al aire
y endurecimos los cuerpos con hierbas misteriosas
-os pertenecieron y sólo vosotros las hacíais suaves-
Lloramos en esta enseñanza y fuimos dispersados
hasta que no supimos de nosotros mismos.
Llega una luz que se interpone ante las cortinas de mi infancia,
y que me obsequia con el espacio de vuestra dulzura

que no puede ser ocultada a mis ojos -un ave bellisima-
Sé que antes también hubo ceniza en la mesa,
que la poseísteis con puños apretados y secos,
entonces ya os había rozado el silencio
que habíais distribuido como alcohol en un crepúsculo más profundo,
pero ahora os recibo y aprendo que los cuerpos
pueden ser ágiles dentro de los ojos, que hay semillas
que distinguen el fulgor y la serenidad.
Desde las habitaciones interiores
baja un clamor de pájaros emisarios,
yo lo escucho y convierto su vuelo que se extingue
en una urdimbre espesa que es refugio y herida.

NORBERTO MORENO QUIBÉN

LOS ÁNGELES 1994.